

SEXTA ESTRELLA

ó grandeza de la corona de bondad de la madre de Dios.

CAPITULO VII.

QUE MARIA ES LA IDEA PERFECTA DE RECOMPENSA PARA CON LOS SUYOS.

Así como no hay un corazón igual al de la madre de amor, así tampoco hay una bondad igual. María está ocupada de continuo en distribuir los tesoros de su amado hijo y nunca está contenta si no los derrama á dos manos. Una de estas se llama liberalidad, y la otra recompensa. Despues de haber hablado de la primera probemos á decir dos palabras de la segunda.

S. I.—De las recompensas de la madre de Dios en general.

I. Quizá alguno podría ofenderse de la palabra recompensa y me alegraría este dicho de S. Pablo (4): ¿Quién le dió á él primero, para que le sea recompensado? Concedo de grado que es excederse el hablar de recompensa y de paga cuando se trata de la reina, y que es fuera de propósito alegar deudas y exhibir títulos de justicia ó á lo menos obligaciones de congruencia. Tal vez valdria mas contenerse en el respeto y hablar de gracia y favor, porque aunque empleáramos toda nuestra vida en servirla de continuo, ¿nos atreveríamos á esperar

(4) Ad rom., XI.

que habríamos cumplido la mínima parte de lo que debemos? Y siendo esto así, ¿cómo podemos hablar de recompensa sin desconocernos en extremo? No permita Dios que yo rebaje en nada la gloria de la Virgen santísima; pero pues el Señor, que es la primera fuente de todos los bienes de que gozamos, nos promete la recompensa de nuestras obras mas pequeñas y aun acepta algunas de ellas como obras de supererogacion, ¿por qué no hemos de creer lo mismo de la madre de bondad y por qué hemos de desconfiar de su afecto cordial? Si queremos tomarlo en todo rigor, por solo el título de la creacion no ya nuestras personas, sino nuestras vidas y todo lo que puede proceder de nosotros en el discurso de los siglos, queda obligado á su divina majestad, y es innegable que por otros mil títulos le somos deudores de cuanto podemos, tenemos y somos. No obstante es tan grande su bondad, que se baja hasta tratar con nosotros de nuestros leves servicios no como de una cosa que le es debida, sino como de una posesion que nos pertenece por todo derecho, hasta prometernos su amor y darse él mismo por precio; de manera que traficamos con sus bienes y le servimos con lo suyo. Estos son los maravillosos efectos del amor infinito de Dios, que nos le hace tan propicio: estas son unas bondades sin ejemplo, que no pueden proceder mas que de un corazón infinitamente amoroso.

II. A decir verdad descubrimos en el corazón de la Virgen señas las mas visibles de la participacion de ese espíritu divino, porque aunque sus buenos siervos pueden decir ciertamente que los ha prevenido siempre con sus favores, que no han dado un solo paso sin que los sigan sus gracias y dádivas, y de consiguiente que siempre quedan debiendo por mas que hagan; con todo es admirable cómo se cree obligada por el menor servicio que se le hace. Su bondadoso corazón no la deja

descansar hasta dar pruebas de la satisfacción que halla en sus servicios, y recompensarlos. S. Andrés de Jerusalen lo dice excelentemente en estos términos: «Siendo muy magnífica la virgen Maria, prepara siempre grandísimas recompensas por poco que le ofrezcan. Tiene el corazón tan generoso, que fuera de Dios nadie le excede en liberalidad. Siempre da ciento por uno, y diez mil por ciento, sobrepujándose cada vez á sí misma. Los ejemplos lo demostrarán mejor que las palabras.»

S. I. De la recompensa de la madre de Dios á los grandes estados, y de la cristiandad.

Los grandes estados tienen no sé qué de augustos, como que por lo común se componen de muchos miembros capaces de atraer sobre todo el cuerpo los efectos de la bondad de Dios. Así en sola la ciudad de Nínive, aunque tan desordenada en sus costumbres, que Dios habia resuelto destruirla, se encontraron algunos justos, á quienes debió aquella su salvación. (1) Esto es lo que detiene muchas veces el brazo de la divina justicia, y nuestra bondadosa madre no desea mas que encontrar algun siervo fiel que sirva de muro á los malos, para que por solo su respeto perdone el Señor á muchos pecadores. De aqui colijo que así como los hijos queridos de la reina del cielo están infinitamente obligados á su buena madre, de la misma manera el mundo les es grandemente deudor, á ellos, porque por su consideracion se hace aquella tantos bienes, y aleja tantos males de los que los tienen merecidos. Comienzo, por la gloriosa jornada de Lepanto, una de las mas altas empresas que

llevó al cabo nuestra señora en favor de los suyos, donde podemos decir que favoreció no á un reino solo ó á una provincia en particular, sino á toda la cristiandad en general, y que pagó los servicios de muchos de sus hijos que en todo el mundo imploraban su auxilio, entre otros el papa S. Pio V. Este esclarecido pontífice no dudó nunca que la capitana de los ejércitos de Dios mandaria aquella batalla: así es que le consagró el día en que fué ganada, bajo el título de nuestra señora de la Victoria. A la verdad si la Virgen tuvo jamás motivo de mirar á los suyos con ojos benignos, fué cuando el supremo pastor de la iglesia á mas de las encarecidas súplicas que hacia en particular, habia ordenado rogativas en toda Europa. La santa capilla de Loreto estaba llena de votos, y los cabos de aquella armada presentaban unánimemente sus súplicas á la Virgen tutelar del célebre santuario; pero en especial su generalísimo don Juan de Austria, el cual habia hecho voto de que si Dios se servia sacarle con felicidad de la empresa por la intercesion de su gloriosa madre, iria en accion de gracias á visitar á nuestra señora de Loreto. Los cristianos que remaban en las galeras de los turcos, no se descuidaban tampoco, como que no podian esperar su libertad por ningun medio humano si se malograba este. No debo de pasar en silencio que en lo mas recio de la pelea se estaba celebrando por todo el mundo la procesion del santo rosario, porque el día 7 de octubre de 1571, en que se dió la sangrienta batalla, cayó en el primer domingo del mes. Desde el combate de Accio en tiempo de Augusto no se habia visto tal concurrencia de naves en el mar Mediterráneo, y hacia mucho tiempo que el pueblo cristiano no habia esperado con mas impaciencia el logro de una empresa que el de esta. Selim, hijo de Soliman, que habia tomado ya á los venecianos la isla de Chipre, engreido de sus conquistas, y

movido del odio natural de aquellos bárbaros á los cristianos, venia á caer sobre ellos con una fuerte armada y esperaba nada menos que enseñorearse de la Europa. Por otra parte el papa habia reunido sus fuerzas con las del rey de España Felipe II y de los venecianos, y todos se preparaban á pelear, aunque la partida no era igual. Mas los nuestros confiaban principalmente en la asistencia de la madre de Dios, á quien es tan fácil dar la victoria con poca gente como con mucha. No se vieron defraudados en sus esperanzas, porque Maria santísima los auxilió tan eficazmente, que en aquella memorable batalla donde se peleó desde las seis de la mañana hasta la noche, fueron apresadas ciento y ochenta galeas del enemigo y echadas á pique noventa, perecieron treinta mil turcos, cayeron prisioneros diez mil, recobrando casi otros tantos cristianos su libertad, y se ganaron ciento y diez y seis piezas de artilleria de grueso calibre y ciento y cincuenta culebrinas. Ve ahí una entrada digna de la bondad de la reina del cielo, que nos obliga á continuar este discurso. Pero antes de pasar adelante me creo obligado á decir con qué fidelidad cumplió D. Juan de Austria la promesa que habia hecho á Dios, porque la cosa es edificante y lo merece. Los importantes negocios que traia entre manos, le habian impedido de cumplir lo que debia á Maria santísima hasta el año 1576; pero en cuanto tuvo un momento de desahogo, le aprovechó. Era en lo mas crudo del invierno, y la estacion rigurosísima ya por el desbordamiento de los torrentes, ya por los hielos que cubrian los caminos y hacian muy peligrosa la cercanía de los rios. Si hubiera querido atender á los impedimentos que le ponian delante tanto los negocios públicos como los particulares; es seguro que nunca hubiese salido de Nápoles, donde se hallaba entonces; pero desechó todas las dificultades y no hubo nada en el mundo que le impi-

diera de cumplir lo prometido. En cuanto divisó de lejos la santa capilla, se quitó el sombrero, y aunque le molestaban mucho el viento y la lluvia, no se cubrió hasta que puso el pie en el pueblo: tantas eran las ansias de devocion en que se inflamaba su corazon. Al entrar en el santuario sintió como un nuevo fuego que le abrasaba el pecho. Recibió los sacramentos de la penitencia y la eucaristia con tales sentimientos de piedad, que se descubria bien en su semblante. Dejó una gruesa cantidad de dinero para el culto de nuestra señora y con su ejemplo movió á los señores de su comitiva á hacer lo mismo, enseñando así á los príncipes cristianos á quién deben recurrir en sus negocios y cómo están obligados á ser agradecidos por los beneficios que reciben del cielo.

II. En el capítulo XII del tratado primero hice ver que Italia, Francia, España, Inglaterra, Alemania y otros muchos estados tuvieron de muy antiguo notable devocion á la Virgen. Ahora pedia la razon que yo manifestase las recompensas que han recibido de ella en diversas ocasiones; mas para hacerlo como corresponde habria que escribir volúmenes enteros. Espero pues que el equitativo lector conocerá que eso seria traspasar los límites en que me he encerrado: así habrá de contentarse con una breve indicacion de cada beneficio.

Italia.

III. En gran apuro estaba Italia, cuando la Virgen le mostró que no se habia olvidado de sus servicios. Los arrianos habian maltratado aquella region por espacio de mas de sesenta años y especialmente Teodorico y Totila, reyes de los godos, el primero de los cuales habia hecho perecer de hambre y miseria al papa Juan I, se habia arrogado tiránicamente la creacion de los sumos pontifi-

ces y habia abreviado la vida á diversos personajes de cuenta y en particular á los dignísimos Símmaco y Boecio. Totila lo llevaba todo á sangre y fuego, cuando la madre de misericordia miró con ojos de piedad á Italia echando á los arrianos por medio de su fiel siervo Narses. A este ilustre capitán del emperador Justiniano le tenia nuestra señora tal afecto, que segun testimonio de Evagrio, Nicéforo, Paulo diácono y otros autores de nota se le aparecia muchas veces para recomendarle sus batallas y hacia ella misma la señal de comenzarlas. Pero una de las ocasiones en que le dió mas pruebas de su singular cariño, fué el año 553, en que habiendo Narses acometido al rey Totila en Toscana le derrotó completamente. Entonces recobró Italia su libertad.

Francia.

IV. Yo no sé si Francia se ha hallado jamás en mayor peligro que bajo el reinado de Cárlos VII el victorioso. Este monarca, sucesor de su padre Cárlos VI en el trono de aquella nacion, se encontró con que el rey de Inglaterra le habia ocupado ya y que la mayor parte de los franceses con la reina madre y el duque de Borgoña, el príncipe mas poderoso de la familia real, conspiraban con los extranjeros contra él y se oponian á que tomase posesion de la corona. El rey su padre no solo le habia quitado la esperanza de sucederle en el solio, sino que además le habia desterrado del reino por sentencia del tribunal de los pares. El inglés habia ocupado la ciudad de Paris y todas las provincias de Francia hasta el rio Loira. Cárlos VII asistido de un puñado de señores y caballeros franceses se habia retirado á Bourges, desde donde procuraba retener en la obediencia las provincias del otro lado del Loira, de las que no estaba aun seguro por la proximidad del inglés. Este llamaba á Cárlos

por desprecio el rey de Bourges. Nunca vino mas oportunamente el auxilio divino á un reino afligido de la guerra y de las calamidades consiguientes. Dios en aquella ocasion socorrió generosamente á la Francia, y la capitana de los ejércitos del Señor mostró á las claras que protegía las flores de lis y no se habia olvidado de los servicios con que le acuden todos los dias los naturales de este reino. El arbitrio que tomó para afianzar la corona en las sienes del rey jóven con la derrota de los enemigos, tuvo verdaderamente mas conformidad y semejanza con las leyes de la sabiduria divina que con las reglas de la prudencia humana. Como solo corresponde á Dios y á los que participan de su espíritu, valerse de las cosas viles para llevar al cabo las mas altas y grandiosas empresas, Maria empleó para este fin á una pobre aldeana de diez y ocho á diez y nueve años de edad poniéndole las armas en la mano y haciéndola marchar al frente de los franceses fieles. Esa heroína fué Juana de Arco, llamada despues la doncella de Orleans, natural de la parroquia de S. Remigio entre Dompren y Vaucouleurs.

V. Cuando digo que este fué un rasgo de proteccion de la madre de Dios, no hablo de memoria, ni intento atribuirle la gloria de un hecho en que no tuviese parte. Bien sé que antes que aquella valerosa mujer recibiese la orden del cielo para tomar las armas y el traje de hombre é ir á presentarse al rey, habia tenido ya revelacion de que Carlo Magno y S. Luis pedian á Dios por él y por la libertad de Orleans. No ignoro ser creencia muy fundada de los franceses que el arcángel S. Miguel, de quien era muy devota Juana, fué el medianero de este glorioso empleo y el que le trajo la nueva, por cuya razon es invocado como particularísimo tutelar de Francia; y aun algunos opinan con gran probabilidad que en agradecimiento de esta señalada merced instituyó Luis XI, hijo de Cárlos, la orden de S. Miguel en el año 1469. Pero

tambien ruego al lector considere en primer lugar que aquella doncella desde su niñez se crió en la devocion de la virgen María, la cual la hizo lo que era, y que el que no la encontraba en casa de sus padres ó guardando á sus ovejas, estaba seguro de hallarla en oracion en la ermita de nuestra señora de Beaumont cerca de Vaucouleurs. Allí derramaba los sentimientos mas tiernos de su corazon en el seno de la madre de Dios y reciprocamente recibia de esta singularisimas gracias. Y como en esa misma ermita recibió el encargo de que hablamos, seria poco probable creer que se le hubiera dado al santo arcángel otra que la que preside en aquel santuario, y que nadie mas que la virgen de las virgenes hubiese escogido á Juana.

VI. En segundo lugar conviene considerar las palabras que un poeta francés pone en boca de S. Miguel hablando á esta zagala. «Aquella á quien Dios, dice, reconoce por su madre, me envia aqui desde el empireo para comunicarte sus órdenes. Oye lo que quiere, y ejecútalo pronto. En vez del débil huso toma esas brillantes armas, que deben de enjugar las lágrimas derramando la sangre del enemigo. Viste armadura de hierro y cubre con tu escudo al poderoso rey francés Cárlos. La voluntad de Dios y de María es que tu robusta mano rechace el impetu de ese pueblo insolente, que cree que un brazo inglés debe de empuñar de aqui adelante el cetro de la Francia.» En tercer lugar que se me diga por qué motivo se pintó en medio del estandarte, bajo del cual marchaban al combate las tropas francesas, la imágen del Salvador con una azucena en la mano y á los dos lados los nombres de Jesus y María, sino para manifestar que despues de Jesus, á quien pertenecen todos los imperios de la tierra, la Virgen como capitana de los ejércitos y protectora especial de la Francia tenia la mejor parte en aquella empresa.

VII. Bajo los auspicios de esta invencible guerrera fue conducida Juana en el año 1429 á la presencia de Cárlos VII, que se hallaba entonces en Chinon, y despues de hechas diversas pruebas acerca de su encargo y honestidad mandó el rey darle armas y la puso á caballo. Juana pidió una espuela que estaba enterrada en la iglesia de santa Catalina de Fierbois con las cenizas de cierto caballero, cuyo nombre no se dice, sin que supiese nadie que estaba allí. El rey mandó excavar la sepultura, y se halló una espada marcada con tres cruces ó tres flores de lis segun otros y cubierta de orin. No bien la tomó en sus manos la doncella, cayó el orin con gran asombro del rey y de todos los presentes. Ciñóse la Juana y la usó siempre en la guerra. Con las tropas que el rey pudo aprontar, se marchó ella en derechura á la ciudad de Orleans, bloqueada por los enemigos, y atravesando el ejército de estos para socorrer y alentar á los sitiados obligó bien pronto al inglés á abandonar todos sus fuertes que llegaban á sesenta, y á levantar vergonzosamente el cerco despues de haberle derrotado en diversos reencuentros con pérdida de sus mas aguerridos capitanes y soldados. Reanimados el rey y todos los buenos franceses con la nueva de esta jornada, acudieron de todas partes los nobles con tropas de refresco, que en poco tiempo formaron un fuerte ejército. Por otro lado los ingleses asombrados y temerosos de que aquel descabro fuese el indicio de su retirada del territorio francés, hacian todos los esfuerzos posibles para sostenerse. La doncella suplicó al rey que llevara adelante sus armas victoriosas, y le entregó muchas ciudades de Champaña y Picardia: al mismo tiempo le pidió que se consagrara en Reims, como lo hizo, teniendo ella el estandarte francés durante la ceremonia. De allí á poco Cárlos cada vez mas favorecido del cielo entró en la ciudad de Paris, donde Enrique de Inglaterra habia sido coro-

nado también rey de Francia el año 1451 en la iglesia de nuestra señora. Recobradas de los ingleses la Guiena, la Normandía y las demás provincias que ocupaban, los estrechó tan fuertemente el monarca francés, que los obligó á repasar el mar y volverse á Inglaterra. Así por la protección de la Virgen santísima quedó Francia enteramente libre de aquellos insolentes extranjeros y Carlos en quieta posesión de sus estados.

España. España, que ha sufrido plagas y calamidades,

VIII. España, que ha sufrido plagas y calamidades, ha experimentado también que la reina del cielo recompensa liberalmente hasta el menor servicio que se le hace. Así se vió de un modo patente en el año 1212, cuando Mahomed, rey de los sarracenos y enemigo jurado del nombre cristiano, se entró por el reino de Granada con un ejército poderosísimo y con ánimo de exterminar á todos los adoradores de la cruz. El rey Alfonso VIII de Castilla alcanzó del papa Inocencio III muchas indulgencias en favor de los que hiciesen aquella guerra santa, se unió con los reyes de Aragón y Navarra y marchó hácia Baeza, ciudad del reino de Granada, por caminos extraviados y ásperos, guiándole un campesino que luego se creyó fuese un ángel, porque desapareció despues de sacarlos del peligro. El día 16 de julio se dió la batalla, habiéndose fortalecido antes los soldados cristianos con los santos sacramentos y habiendo asistido al sacrificio de la misa. La cruz iba delante, y en el estandarte real estaba pintada la imágen de la madre de Dios con su hijo en los brazos, cuya sola vista regocijaba á los combatientes y les infundia valor. Mucho tiempo estuvo indecisa la pelea y aun al principio hubieron de cejar los cristianos; pero su capitana les comunicó tal denuedo y sembró el espantó en

el campo de los enemigos, en términos que quedaron tendidos mas de doscientos mil: de los cristianos murieron veinte y cinco ó treinta. El mismo rey envió la relacion de esta jornada al sumo pontifice, y el arzobispo de Toledo D. Rodrigo Jimenez, que era el alma del combate, escribió su historia. En ella dice este célebre prelado que un canónigo de Toledo con la cruz y guión que llevaba delante del arzobispo, como es costumbre, pasó dos veces por entre los escuadrones de los enemigos sin recibir ningun daño, dado que todos pretendían herirle con sus dardos, y muchas saetas que le arrojaban, quedaron hincadas en el asta de la cruz (1).

Inglaterra.

IX. ¿Qué no hizo antiguamente Inglaterra para honrar á la virgen María cuando se gloriaba de ser la isla de los santos? ¿Y qué favores no recibió en recompensa de tantos servicios? Aun cuando fuese único el que refiere el historiador inglés Tomas Walsingham, á saber, que nuestra señora por su propia mano dió á santo Tomás, arzobispo de Cantorbery y primado de Inglaterra, la santa ampolla para la consagracion de aquellos monarcas; sería ese un testimonio extraordinario de cariño. Pero no hay que olvidar lo que escribe Enrique de Huntington en el libro segundo de su historia de Inglaterra: «que la Virgen en el mismo día de su natiuidad libertó á la ciudad de Lóndres estrechamente asediada por los daneses el año tercero del reinado de Etelberto.» Por esta razon los monarcas de Inglaterra guardaron despues la piadosa costumbre de llevar en sus ejércitos la imágen de la Virgen, como seguros de salir siempre vencedores peleando bajo los auspicios de nuestra señora.

(1) Mariana, Historia de España, lib. 11, cap. 22 y 24.

X. Lo mismo habria yo de decir de Alemania, Polonia, Portugal y algunos otros estados, cuya devocion á la madre de Dios he hecho ver en el tratado primero, si no temiera cansar al lector con la relacion de muchos sucesos muy semejantes entre si y contados por los historiadores y cronistas. Baste saber que no ha habido reino ó estado verdaderamente devoto de Maria santísima, á quien esta señora no haya recompensado con largueza hasta los mas leves servicios, manifestando asi que no es perdido nada de cuanto se hace por ella.

§. III.—De la recompensa de la madre de Dios á las ciudades que le estan particularmente dedicadas.

Roma.

I. La ciudad de Roma ha hecho y hace todos los dias grandes servicios á la Virgen, como he mostrado en otro lugar (1); por eso ha recibido de ella beneficios inestimables. Entre otros conservará eternamente la memoria del que le fué otorgado en el año 590 bajo el pontificado de S. Gregorio Magno. Una peste mortífera habia arrebatado buena parte de los habitantes sin perdonar á los próceres, ni aun á la sagrada persona de Pelagio II, predecesor de S. Gregorio. Veianse caer del cielo los dardos y flechas de fuego, y no habia nadie tan ciego, que no conociese estar Dios extraordinariamente irritado. El santo pontífice comenzó á predicar penitencia y dispuso siete procesiones llamadas letanias: la primera fue de los eclesiásticos, la segunda de los seglares, la tercera de los monjes, la cuarta de las religiosas, la quinta de los casados, la sexta de las viudas y la sépti-

(1) Trat. 1, cap. 12, §. 5.

ma de los niños. Todas se dirigieron á santa Maria la mayor, donde por espacio de una hora estuvieron orando los fieles con lágrimas y suspiros, y no hubo corazon tan empedernido, que no se moviese á clamar misericordia. Verdad es que la calamidad era terrible, porque morian los hombres como moscas; lo cual puede conjeturarse por lo que escriben los historiadores: que en el corto tiempo que duró aquella ceremonia, cayeron muertas en el suelo hasta ochenta personas. Entonces se entonó por nueve veces en honor de los nueve coros de los ángeles el *Kyrie eleison*, oracion muy breve, pero muy propia para aplacar la ira de Dios: despues se introdujo en la misa por decreto del mismo S. Gregorio. No obstante la enfermedad iba en aumento y morian muchas personas al estornudar ó bostezar: de aqui se cree vino la costumbre de saludar á los que estornudan, y hacer la señal de la cruz cuando se bosteza. Todos creian que la capital del orbe cristiano iba á quedar convertida en un desierto. El último recurso y como el áncora de salvacion fué la imagen de nuestra señora labrada por san Lucas, que S. Gregorio mandó llevar en procesion, asistiendo él como hacia de ordinario á todos los otros ejercicios de piedad. A medida que iban caminando los fieles, se oyó una música celestial y los ángeles que cantaban la antífona de Pascua: *Regina caeli, latare, alleluia; quia quem meruisti portare, alleluia; resurrexit, sicut dixit, alleluia*; á lo que añadió inmediatamente el santo pontífice estas palabras que ha conservado la iglesia: *Ora pro nobis Deum, alleluia*. Entonces muchas personas columbraron un ángel encima de la torre de Adriano (llamada despues por este motivo el castillo Santángelo), que envainaba la espada en señal de que pronto cesaria la peste, como sucedió en realidad. Quien desee saber cómo la misma ciudad se libró en el año 847, primero del pontificado de León IV, de un terrible basilisco, cuyo